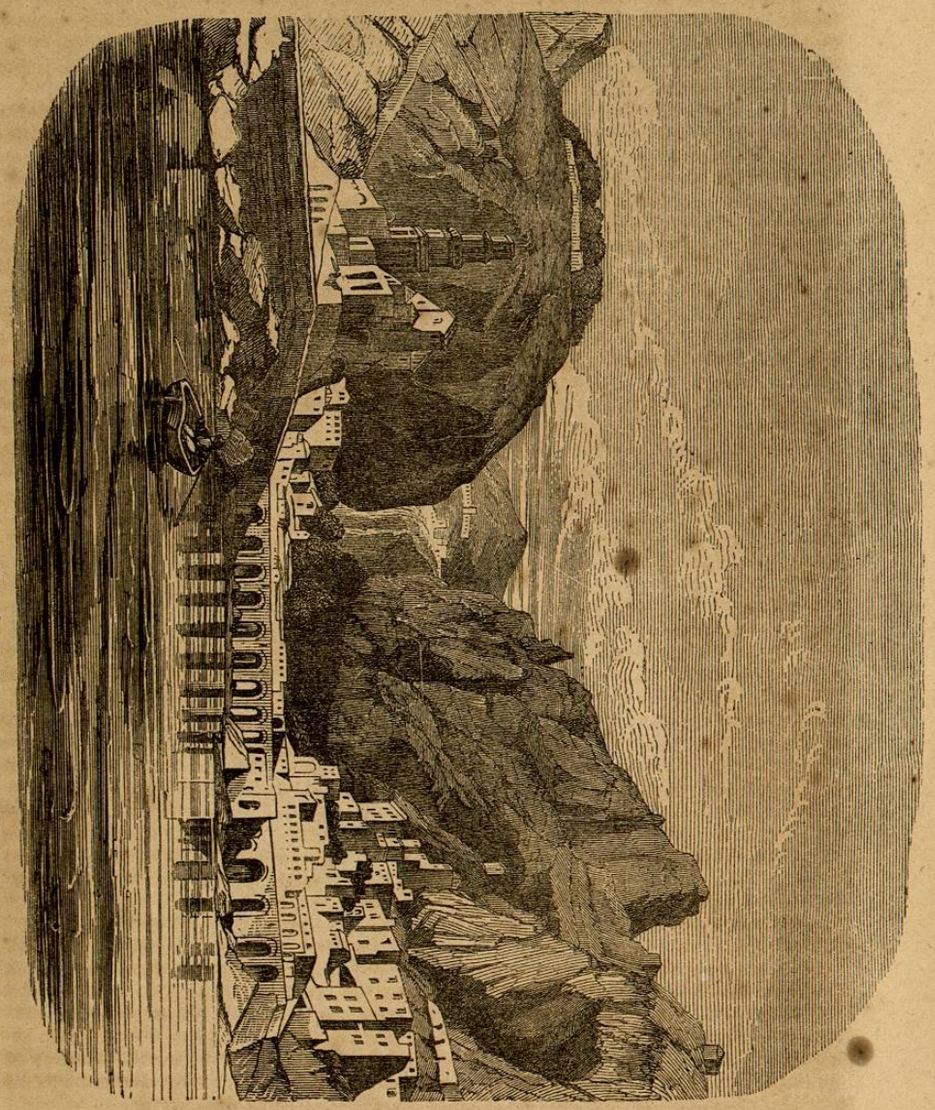

Vista de Amalfi, *pág.* 109.

un gran sacrificio para decidirme á separarme de él.

—Convenido, me responden contándome mi dinero al instante mismo. No era tiempo ya de volverse atrás. Hice comprender á mi asno que su deber era seguir á sus nuevos amos. El pobre animal no se lo hizo repetir dos veces; y apenas le tiré un poco por la cola se puso á trepar osadamente con los ingleses. Habian llegado al borde del crater y se divertian en arrojar piedras al fondo del volcan; inclinaba el asno su cabeza hácia el abismo engolosinado por un poco de espuma verdosa que habia tomado por musgo; yo estaba completamente ocupado en contar mi dinero, cuando de repente oigo un ruido sordo y prolongado..... los dos malditos habian arrojado el pobre animal al fondo del Vesubio y reian como dos salvages, que no otra cosa eran. Os lo confieso, en el primer momento se apoderó de mí una furiosa intencion de enviarlos con mi burro. Pero esto hubiera podido traerme malas consecuencias porque esos ingleses están siempre apoyados por la policía; y por otra parte, como me habian pagado el precio convenido, estaban en su derecho. Al bajar tuve el dolor de reconocer en la base del cono al lado de un agujero que acababa de abrirse la víspera á mi desventurado animal, negro y quemado como un carbon. Los bandidos habian sacrificado á mi burro para ver si habia comunicacion interior entre las dos aberturas. Le lloré largo tiempo, escelencia; pero como en último resultado no hubieran podido hacerle volver al mundo todas las lágrimas que se derramaran, me casé para consolarme, y compré con el dinero de los ingleses dos caballos y un corricolo.

Escuchando esta lacrimosa relacion, llegué á la ermita. Para distraer á Francesco de su dolor, le pregunté si no habria medio de beber un vaso de vino á la memoria del leal animal, y si no seria indiscrecion el reclamar algunos instantes de hospitalidad en la celda del ermitaño.

Al oir la palabra ermitaño toda la melancolía de Francesco se disipó como por encanto, contrajo de nuevo sus labios con picaresca sonrisa, y llamó á la puerta con repetidos golpes.

El ermitaño apareció en el umbral, y nos recibió con una solicitud digna de los primeros tiempos de la Iglesia. Nos sirvió huevos duros, salchichon, una ensalada, y escelentes higos; todo esto remojado con dos botellas de lácrima-Christi de primera calidad, ponderando yo la generosidad de nuestro huésped.

—Esperad la cuenta, me dijo Francesco con malicia.

En efecto, el total de aquella refaccion cristiana ascendia, me parece, á tres duros; era cuatro veces mas que el precio de las posadas comunes.

Despues de haber dado gracias á nuestro escelente eremita subí hasta la boca del volcan, y bajé hasta el fondo del crater. El lector encontrará mas exactas impresiones magníficamente esplicadas en tres admirables páginas de Chateaubriand, el cual habia verificado antes que yo la misma ascension y la misma bajada.

Durante todo el tiempo que duró nuestro viage, Francesco, en vena por la supercheria de nuestro huésped, no cesó de desahogar su buen humor en los frailes, en los mendicantes, en los ermitaños de todas clases, repitiendo con nueva energía que se dejaria despellejar vivo antes que echar un óbolo en la bolsa de uno de esos intrigantes.

De vuelta á Resina, volvimos á subir en nuestro corricolo, y sus declamaciones subieron de punto al ver á un sacristan que nos saludaba deseándonos buen viage. Comenzaba á desesperar realmente de poderle imponer silencio, cuando en el momento que pasábamos por delante de la capillita de las almas del Purgatorio, le ví interrumpirse bruscamente en medio de su frase; sus megillas palidecieron, sus labios temblaron, y dejó caer el látigo de su mano.

Miré delante de mí para tratar de comprender cuál podria ser la aparicion que causaba á mi bravo conductor un espanto tan terrible, y ví un pequeño anciano de barba blanca y sedosa, con los ojos bajos y modestos, de fisonomía bondadosa y risueña, que parecia arrastrarse con trabajo, y llevaba el hábito de los capuchinos en toda su rigorosa pobreza.

El santo personage avanzaba hácia nosotros puesta la mano izquierda sobre el pecho y elevada la derecha para presentarnos un cepillo de hoja de lata, en el que estaban reproducidas en miniatura las mismas almas y las mismas llamas que habia en las pinturas de la capilla. Por lo demas, el pobre capuchino no pronunciaba una palabra, limitándose á implorar la caridad de los fieles con su humilde actitud y su elocuente pantomima.

Francesco se bajó temblando, vació su bolsillo en el cepillo del mendicante, y se persignó devotamente besando las almas del Purgatorio; en seguida, volviendo á subir precipitadamente en la trasera del carruage, sacudió á los dos caballos con toda la fuerza de su brazo, como si hubiese tratado de huir de todos los demonios del infierno.

Era yo entonces el incrédulo.

—¿Qué hay, mi querido Francesco? le dije mofándome á mi vez; esplicadme por qué milagro ese buen capuchino, sin abrir siquiera la boca, os ha convertido tan súbitamente, que en vuestro ardor de neófito le habeis echado en las manos todo lo que teniais en vuestros bolsillos.

—¡El un capuchino! dijo Francesco volviéndose para mirar atrás con un resto de terror; es el mas infame bandido de Nápoles y Sicilia, es Pietro. Yo creia que dormia su sies-

ta á estas horas; á no ser asi no me hubiera arriesgado á aproximarme á su capilla, donde roba á los transeuntes con la autorizacion de sus superiores.

—¡Cómo! ese anciano tan bondadoso, tan bueno, tan venerable....

—Es un bandido atroz.

—Cuidado, Francesco; vuestra aversion á la gente de iglesia se va haciendo repugnante.

—¡El un hombre de iglesia! Os juro, escelencia, por todo lo que hay mas sagrado en el mundo, que es tan fraile como vos y yo. Cuando digo que es un bandido, le llamo por su nombre; es la única cosa que no ha robado.

—Pero entonces, ¿por qué metamórfosis se encuentra trasformado en capuchino?

—El diablo se ha hecho ermitaño, y nada mas....

—¿Y cómo en un pais tan católico y tan religioso como Nápoles puede permitirse tan indigna profanacion?

—¿Se trata de pedir un permiso para él? le obtiene.

—Pero ¿y la policía?

—Ni visto ni conocido....

—¿Y los carabineros?

—Para serviros.

—¿Y los gendarmes?

—No parecen.

—¿Es, pues, un hombre mas determinado que Marco Brandi, mas astuto que Vardarelli, mas imposible de ser cogido que Pascal Bruno?

—Tiene casi la misma importancia, pero no es del mismo género.

—¡Ah! ¿y cuál es la especialidad de este buen capuchino?

—Los otros se contentaban con robar á los hombres, él roba á Dios.

—¡Cómo! ¿roba á Dios?

—Cuando digo á Dios, quiero decir á los curas, lo cual viene á ser lo mismo. Los demas bandidos se toman el trabajo de recorrer el campo, de detener los convoyes del rey, de batirse con los gendarmes. El campo de este ha sido siempre la sacristía, sus convoyes el altar, sus enemigos los obispos, los vicarios, los canónigos. Cruz, candeleros, misales, cálices, viriles, nada ha respetado. Ha nacido en la iglesia, ha vivido á espensas de la iglesia, y quiere morir en la iglesia.

—¿De modo que ese hombre ha sostenido su criminal existencia con sacrílegos robos?

—¡Oh, Dios mio! asi es; es mas que una costumbre en él, es una vocacion, es una segunda naturaleza. Es sobrino de un cura párroco; su madre le habia colocado como era natural en la parroquia en calidad de sacristan, de niño de coro ó monago, no estoy seguro cuáles eran sus verdaderas funciones. Sean las que fueren, el primer golpe de este bandido fué robar el relój á su reverendo tio.

—¿Es eso cierto?

—Como tengo el honor de deciroslo, escelencia, y de un modo bien infame, ya vereis. Decia el cura la misa todas las mañanas al rayar el dia, y para que no saliese nadie de la familia, hacia á su sobrino la ayudase. Debo deciros que don Gregorio (don Gregorio se llamaba el cura) era un hombre exactísimo, de muy buen humor, pero que dejaba á un lado las chanzas cuando se trataba de sus deberes, que trataba de ganar su vida honradamente, y era incapaz de estafar á sus feligreses ni en un *Ite misa est*. Asi, como le pagaban tres carlinos por su misa, y debia durar tres cuartos de hora, dejaba don Gregorio su relój sobre el altar, echaba una mirada al misal, otra al relój, y en el mismo instante en que la aguja marcaba los cuarenta y cinco minutos, hacia su última genuflexion, y la misa estaba dicha. Desgraciadamente don Gregorio era corto de vista, por lo que jamás se olvidaba de poner sus anteojos al lado del relój, lo primero para mirar la hora, y ademas para vigilar sobre sus fieles; porque no sé si os he dicho, escelencia, que don Gregorio era cura de Pórtici, y que los habitantes de Pórtici tienen una devocion particular al mal ladron.

—Si, si, continúa....

—Como es costumbre en la campiña arrodillarse muy cerca del altar para oir mejor el *Memento*....

—¡Ah! no sabia eso.

—Es muy sencillo, escelencia; cada uno da algo al sacerdote para que recomiende á Dios su negocio: este de su recoleccion, aquel de sus rebaños, otro de sus vendimias; de suerte que á todos les gustaba saber como desempeñaba su encargo....

—Y bien, ¿qué hacia don Gregorio?

—Don Gregorio, al mismo tiempo que leia en su misal y miraba la hora, dirigia de vez en cuando una mirada de reojo á sus vecinos para ver si se aproximaban demasiado á su relój.

—Comprendo.

—Ya veis, pues, escelencia, que no era una cosa fácil quitar el relój á don Gregorio. Pero lo que hubiese sido un obstáculo insuperable para todos, no fué mas que un juego para el sobrino del cura. Su tio era miope; tratábase de volverle ciego, y á esto se reducia todo. ¿Qué hace, pues, el pequeño bandido? En el momento en que don Gregorio se ponia la casulla, pegó dos grandes obleas en los dos cristales de los anteojos, con tal rapidez y destreza, que el digno cura, no creyéndole en la sacristía, le llamó dos ó tres veces para pedirle su solideo. Lo demas puede adivinarse. Don Gregorio sale de la sacristía precedido de su sobrino, sube al altar, abre su misal, levanta su casulla y su sotana, saca el relój de su bolsillo del chaleco y le coloca delante; todo esto suplicando á sus ovejas no se opriman demasiado; al mismo tiempo busca en el otro bolsillo, toma sus anteojos y los coloca magestuosamente sobre su nariz.

—¡Jesus María! esclama el pobre cura, no veo claro, no veo nada: ¡estoy ciego!

—El golpe estaba dado; el relój habia pasado del tio al sobrino. ¿Dónde buscar al ladron cuando se tiene la ventaja de ser cura de Pórtici, y sospechar de uno solo seria evidentemente hacer un agravio á los demas?

—En efecto, debe ser comprometido. Pero ¿por qué encadenamiento de circunstancias el sacristan de Pórtici se ha convertido en el capuchino de Resina?

—Desde su primer robo, su vida entera no ha sido mas que un pillage continuo de conventos, monasterios é iglesias. El diablo en persona no hubiera podido imaginar todos los hechos abominables que él ha sabido poner por obra, y siempre con un éxito que parecia un milagro. En fin, escelencia, ¿creeríais que se ha servido de las cosas mas santas para cometer sus mas audaces crímenes? Tantas ceremonias religiosas, otros tantos pretestos de fractura y escalamiento; tantos bautismos, entierros, matrimonios, otras tantas primas anticipadas sobre la bolsa del prójimo; tantos sacramentos, otros tantos robos. Para deciros siquiera una de sus fechorías: va á confesarse un dia con el tesorero de la capilla de San Genaro, que tiene el privilegio de dar la absolucion de los mas enormes pecados:

—Padre mio, le dice el bribon dándose golpes de pecho, he cometido un crímen horrible.

—Hijo mio, la misericordia de Dios no tiene límites, y yo tengo concedidos por nuestro Santo Padre el papa poderes ilimitados para absolveros; confesadme, pues, vuestro crímen, y tened completa confianza en la bondad del Señor.

—He robado á un buen sacerdote en el momento mismo en que estaba arrodillado humildemente á sus pies para confesarme.

—Eso es muy grave, hijo mio, y habeis incurrido en la excomunion....

—Ya lo veis, padre mio....

—Sin embargo, Dios es misericordioso, y quiere la conversion, no la muerte del pecador.

—¿Creeis, pues, padre mio, que me perdonará?

—Lo espero: ¿os arrepentís, hijo mio?

—De todo mi corazon.

—Entonces yo os absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¡Asi sea! respondió el ladron levantándose, y se alejó con aire humilde y contrito.

Cuando el escelente tesorero quiso levantarse á su vez para subir á su habitacion, se apercibió de que habian desaparecido las hebillas de plata que tenian sus zapatos. Figuraos si el buen sacerdote se pondria furioso, y si el arzobispo de Nápoles solicitaria del rey el arresto del bandido.

—¿Y jamás lo han conseguido?

—Jamás; el mismo diablo hubiera trabajado en vano para lograrlo. En fin, el gefe de la policía, desesperando de que le prendiesen, le indultó, á condicion de que eligiese un estado, y se condujese en adelante como hombre honrado. Entonces fué cuando pidió con toda impudencia le admitiesen capuchino. Pero no era bastante para eso la palabra del ministro; necesitábase la autorizacion del arzobispo para vestirse el hábito religioso, y el arzobispo sabia muy bien sus fechorías y chascos para concederle semejante autorizacion.

—¡Diablo! ¿y cómo salvó esta nueva dificultad?

—¡Oh! no lo fué para él. ¡Ah! esclamó sonriendo, no quiere monseñor darme el permiso, pues bien, le robaré. Como sabia contrahacer diferentes clases de escritura, se fabricó primero un certificado en toda regla, é imitó perfectamente la firma del arzobispo. Quedaba el punto mas difícil: el certificado era nulo sin el sello pontifical, y este sello le aplicaba el mismo monseñor y le llevaba noche y dia en su dedo, en un anillo enriquecido con magníficos diamantes. Tratábase, pues, de robar aquel anillo. El tunante no tardó mucho tiempo en tomar su resolucion: alquiló un cuartito cerca del palacio arzobispal, se tendió sobre un miserable lecho como un hombre próximo á entregar su espíritu, hizo llamar á un confesor, y despues de haber recibido con una humildad profunda y una devocion ejemplar los Sacramentos de la Iglesia, pidió la gracia de que el arzobispo en persona fuese á administrarle la estrema-uncion, añadiendo que tenia que confiarle un secreto del que pendia la salvacion de su alma. Como el caso era urgente y no parecia que quedaban al moribundo mas que algunos instantes de vida, el arzobispo se apresuró á acceder á la súplica del bandido, y despues de haberle hecho la señal de la cruz en su frente, su boca y su pecho con óleo bendito, se inclinó para recoger sus palabras débiles, y entrecortadas ya por el estertor de la agonía. El moribundo se levantó sobre sus codos por un supremo esfuerzo, y cogiendo la mano del arzobispo, murmuró estas palabras al oido del prelado:—Corred inmediatamente á vuestra casa, monseñor; en tanto que yo espiro aquí, mis cómplices prenden fuego á vuestro palacio.

El arzobispo no quiso oir mas; saltó la escalera en tres brincos, atravesó la calle de un paso, y mandó tocar las campanas de alarma. Ni habia fuego, ni complót, ni ladrones, solo si, cuando su eminencia volvió de su espanto, se apercibió de que su anillo habia desaparecido.

Al dia siguiente, recibió una carta el arzobispo contenida en estos términos:

«Monseñor, tengo mi certificado, y os volveré vuestra sortija á condicion de que no os opondreis mas á mi vocacion.

«Firmado; *El hermano Pietro* el bandido.»

Desde aquel dia, nadie pensó mas en oponerse á la vocacion de Pietro: él mismo pintó

en su capillita las almas del purgatorio, y pidió limosna á los viajeros poniéndoles el puñal ó la pistola al pecho.

—El miedo te hace disparatar, pobre Francesco; ese hombre me ha parecido anciano y valetudinario, y por toda arma no nos ha enseñado mas que su cepillo.

—¡Oh, el malvado! esclamó Francesco con un nuevo estremecimiento; pues en él está su puñal, allí tiene sus pistolas, esa es su carabina. Edad, enfermedades, devocion, todo eso no es mas que una comedia. Se tragaria de tres bocados un regimiento de dragones. Solo con mostraros el cepillo, os dice: La bolsa ó la vida, ese es su modo. Primero os la presenta del lado de las almas del purgatorio. Si á la primera intimacion le dais limosna, todo está concluido, os da las gracias y podeis marchar en paz; pero si le negais, vuelve el cepillo del otro lado; y ¿sabeis lo que tiene en el otro lado? su propio retrato en su antiguo trage de bandido, armado de su enorme puñal, y por bajo del retrato dice en letras rojas: *Pietro el bandido*.

—¿Y si no se hace caso de las dos pinturas?

—Entonces se puede liar el hato y prepararse á marchar para el otro mundo. Pero esto jamás sucede. Es demasiado conocido en el país.

Con gran satisfaccion mia, Francesco, siempre bajo la impresion de su terror, no se atrevió á mofarse de los frailes que nos encontramos en el camino, se descubrió respetuosamente ante la cruz de Pórtici, y recitó una doble oracion al volver á pasar por delante de las estátuas de San Genaro y San Antonio.

¡Honor, al capuchino de Resina! Acababa de convertir al último volteriano de nuestra época.

XXIV.

SAN JOSÉ.

Hemos visto al lazzaroni en su vida pública y en su vida privada; le hemos visto en sus relaciones con el estrangero y en sus relaciones con sus compatriotas. Ahora bien, como la incredulidad de Francesco podia hacer formar á nuestros lectores un juicio erróneo acerca de sus colegas, mostraremos al lazzaroni en sus relaciones con la Iglesia.

Un fraile toma un batelero en el muelle.

—¿Dónde vamos, padre mio?

—Al Pausilipo, dice el fraile.

Y el batelero se pone á remar de mal humor: el fraile jamás paga su pasage. Por casualidad ofrece un polvo de tabaco, y nada mas. Sin embargo, nunca se ha oido decir que un batelero haya negado el pasage á un fraile.

Al cabo de diez minutos siente el fraile algo que bulle entre sus piernas.

—¿Qué es esto? pregunta.

—Un niño, responde el batelero.

—¿Tuyo?

—Asi se dice.

—¿Pero no estás seguro de ello?

—¿Y quién está seguro de eso?

—Vosotros menos que nadie.

—¿Por qué nosotros menos que nadie?

—Porque no estais jamás en casa.

—Verdad es: felizmente tenemos un medio de asegurarnos con certeza de si el niño es nuestro.

—¿Cuál?

—Le guardamos hasta los cinco años.

—¿Y despues?

—A los cinco años le hacemos dar un paseo por el mar.

—¿Y luego?

—Y luego, cuando estamos á la altura de Capri ó en el golfo de Baya, le arrojamos al agua.

—¡Y bien!

—¡Y bien! si nada solo, no queda duda acerca de la paternidad.

—Pero ¿y si no nada?

—¡Ah! si no nada es todo al contrario. Estamos seguros del hecho como si lo hubiésemos visto con nuestros propios ojos.

—Entonces ¿qué haceis del niño?

—¿Qué hacemos de él?

—Si.

—¡Qué quereis, padre mio! como en último resultado no es la culpa del pobre pequeño, puesto que no ha pedido él venir al mundo, nos zambullimos tras él y le sacamos del agua.

—¿Y en seguida?

—En seguida le llevamos á casa.

—¿Y despues?

—Despues le damos su alimento; esto es lo que le debemos, pero en cuanto á su educacion ya es otra cosa; eso no nos concierne. De manera que como comprendereis, padre mio, llega á ser un solemne bribon sin fé ni ley, que ni cree en Dios ni en los santos, que reniega, jura, blasfema; pero cuando cumple sus quince años, cuando ya no es bueno para nada en el mundo, le hacemos....

—¿Le haceis qué? veamos, acaba.

—Le hacemos fraile, padre mio.

No vaya á creerse, sin embargo, que el lazzaroni sea volteriano, materialista ó ateo: el lazzaroni cree en Dios, espera en la inmortalidad del alma, y mofándose del mal fraile, respeta al buen sacerdote.

Hubo uno que obligaba á los lazzaroni á que hiciesen todo lo que queria. Este sacerdote era el célebre padre Rocco, de quien hemos hablado ya á propósito del sermon sobre las langostas de mar.

El padre Rocco es mas popular en Nápoles que Bossuet, Fenelon y Flechier juntos lo son en París.

El padre Rocco tenia tres medios de conseguir su objeto: la persuasion, la amenaza, los golpes. Primero hablaba con una uncion especial de las recompensas del Paraiso; despues, si el medio no tenia resultado, pasaba al cuadro de los sufrimientos del infierno; en fin, si la amenaza no tenia mas éxito que la persuasion, sacaba un vergajo de debajo del hábito, y sacudia á su auditorio con todas sus fuerzas. Era necesario que fuese muy empedernido un pecador para resistir á semejante argumento.

El padre Rocco fué quien consiguió establecer el alumbrado en Nápoles. Esta ciudad, resplandeciente hoy con el aceite y el gas, con reverberos y faroles, mecheros y lámparas, estaba hace cincuenta años sumida en las mas profundas tinieblas. Los que eran ricos se hacian alumbrar de noche por uno que llevaba hachas; los que eran pobres procuraban hallar el camino de los ricos, y si seguian la misma direccion se aprovechaban de su luz.

Resultaba de esta oscuridad que los robos eran mucho mas frecuentes en aquella época que lo son hoy; lo cual parece imposible, pero no por eso deja de ser la verdad exacta.

Asi que la policía decidió el dia menos pensado que se iluminarian las tres calles principales de Nápoles; Chiaja, Toledo y Forcella.

Acaso no eran esas tres calles la que mas prisa corria alumbrar, puesto que eran precisamente las que mejor podian pasar sin alumbrado; pero no se llega del primer golpe á la perfeccion, y por mas que sea una tendencia natural que tiene la policía la de creerse infalible, está como todas las demas cosas de este mundo, sometida á la vacilacion propia del progreso.

Unos cincuenta reverberos fueron colocados en las tres calles susodichas, encendiéndolos una noche sin haber preguntado á los lazzaroni si les convenia.

Al dia siguiente no quedaba ni uno solo; los lazzaroni los habian roto desde el primero hasta el último.

Renovóse el ensayo tres veces: otras tantas produjo los mismos resultados.

La policía perdió sus ciento cincuenta reverberos.

Llamaron al padre Rocco y le esplicaron el embarazo en que se encontraba la autoridad.

El padre Rocco se encargó de hacer entrar en razon á los recalcitrantes, siempre que se le permitiese obrar con ellos á su modo.

La autoridad, satisfecha de verse libre de aquel cuidado, dió carta blanca al padre Rocco, quien incontinenti puso manos á la obra.

Habia comprendido el padre Rocco que las calles estrechas y tortuosas eran las que se necesitaba alumbrar primero, y como centro de estas la calle de San José, que daba por un estremo á la calle de Toledo, y terminaba por otro en la plaza de Santa Medina. Hizo, pues, pintar en una pared blanca que estaba á la mitad de la calle próximamente, un magnífico San José.

Los lazzaroni siguieron los progresos de la pintura en la pared con visible satisfaccion. Nos hemos olvidado decir que el lazzaroni es artista.

Cuando la pintura estuvo concluida, el padre Rocco encendió una vela delante de ella; era devoto de San José, y encendia una vela en honor del santo; nada habia que decir de esto. Por otra parte, la vela despedia una claridad muy escasa. A diez pasos de la vela se podia robar, asesinar; se necesitaban ojos de lince para distinguir el ladron del robado, el asesino de la víctima.

Al dia siguiente el padre Rocco encendió otra vela; su devocion se aumentaba; tampoco habia nada que decir. Solo que dos velas dieron doble luz que la que daba una sola; los lazzaroni comenzaron á observar que habia alguna claridad en la calle de San José.

A los dos dias encendió el padre Rocco la tercera vela. Esta vez se quejaron en voz alta los lazzaroni. El padre Rocco no hizo caso de sus quejas; y como su devocion á San José iba siempre en aumento, encendió al cuarto dia un reverbero.

Ya no habia duda acerca de las intenciones del padre Rocco; la calle de San José estaba á media noche tan iluminada como al medio dia.

Los lazzaroni rompieron el reverbero del padre Rocco, como habian roto los reverberos del gobierno.

Anunció el padre Rocco que predicaria el domingo siguiente acerca del poder de San José.

Un sermon del padre Rocco, era un asunto de grande importancia.

Rara vez predicaba, y siempre en circunstancias supremas; no era un inventor de frases, era un narrador de hechos.

Y como los hechos referidos por el padre Rocco estaban siempre á la altura de la inteligencia de su auditorio, sus sermones producian generalmente una profunda impresion sobre sus ovejas.

Asi, en cuanto se esparció la noticia de que el padre Rocco predicaria, todos los lazzaroni se comunicaron unos á otros esta importante nueva; de modo que á la hora señalada para el sermon, no solo la iglesia de San José estaba llena, sino que habia ademas una cola que se bifurcaba sobre los escalones esteriores de la iglesia, y que subia por un lado hasta el Mercatello, y bajaba por el otro hasta la plaza del Palacio Real.

Los últimos, como se comprende, no podian oir, pero contaban con la obligacion en que estaban los que oyesen de repetírselo.